

DOMINGO XXI TIEMPO ORDINARIO – 2014. CICLO “A”

LAS LLAVES DEL REINO DE DIOS

**Dios dirige la historia humana y elige a algunas personas
para que participen de su autoridad**

I.- LAS LECTURAS

*** Profeta Isaías 22,19-23.** Colgaré de su hombro la llave del palacio de David. Esta misión es un servicio, no un puesto de prestigio.

*** Salmo Responsorial 137.** ¡Señor! Tu misericordia es eterna. No nos abandones pues somos la obra de tus manos. Te damos gracias por tu amor que es eterno, por tu verdad y por tu fidelidad a las promesas.

*** Carta de San Pablo a los Romanos 11,33-36.** Pablo muestra su admiración al contemplar el designio amoroso y salvador de Dios, origen, guía y meta de universo. Nuestra vida está en sus manos amorosas y compasivas. Podemos confiar en Él y fiarnos de Él.

*** Evangelio según San Mateo 16,13-20.** Pedro confiesa que Jesús es el Mesías y el Hijo de Dios. Jesús le responde aprobando su confesión y haciéndolo fundamento de la Iglesia y dándole las llaves del Reino de los cielos.

II.- SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA

1.- ¿Quién es Jesús?

Un día Jesús hizo una pregunta a sus discípulos: “Y vosotros ¿quién decís que soy yo?”. Es la misma pregunta que nos hace Jesús a nosotros, cristianos y cristianas del siglo XXI. Es una pregunta crucial ya que nuestra fe se fundamenta en ella. Es un interrogante que debemos acoger y meditar y al que debemos responder en comunión con la fe de la Iglesia.

Ciertamente Jesús es amigo de los pobres y necesitados hasta tal punto que “siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza” (II Cor. 8,6). Jesús fue solidario con los pobres, los excluidos y los marginados, dando de comer a los hambrientos (Jn. 6,1-15).

Es verdad que Jesús, movido por su misericordia, fue bienhechor de la humanidad curando a los leprosos (Mt.8,1-4), resucitando a los muertos (Jn.11,1-43).

Es cierto que Jesús era profeta pues predicaba e invitaba a la conversión: Jesús proclamaba la Buena Nueva del Dios: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva” (Mc.1,14-15).

Es verdad que Jesús es el Servidor de Dios. Él mismo lo afirma en la sinagoga de Nazaret. “El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar a los pobres la buena nueva, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor” (Lc.4,18-19).

Es cierto que Jesús realizó milagros que son el clamor del Reino entre nosotros (Sinópticos), y que son signos que nos ayudan en el camino hacia la fe (San Juan).

“El ejemplo de los mártires tiene mucho que decirnos a nosotros que vivimos en sociedades en las que, junto a inmensas riquezas, prospera silenciosamente la más denigrante pobreza; donde rara vez se escucha el grito de los pobres; y donde Cristo nos sigue llamando, pidiéndonos que le amemos y sirvamos tendiendo la mano a nuestros hermanos necesitados...

La herencia de los mártires puede inspirar a todos los hombres y mujeres de buena voluntad a trabajar en armonía por una sociedad más justa, libre y reconciliada, contribuyendo así a la paz y a la defensa de los valores auténticamente humanos en este país y en el mundo entero” (Papa Francisco. Homilía en la Misa de beatificación de los mártires”. Corea del Sur. 16-VIII-2014).

Demos un paso más. La identidad profunda de Jesús no se agota en lo que acabamos de escribir. Entonces, ¿en qué consiste la identidad profunda de Jesús?

* La Iglesia hace suya la confesión de Pedro y afirma: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo” (Mt.16,16).

* La Iglesia hace suyas las palabras de San Juan: “Jesús realizó en presencia de los discípulos muchas señales que no están escritas en este libro. Estas lo han sido para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre” (Jn.20,30-31).

* La Iglesia hace suya la confesión de santo Tomás que dice a Jesús resucitado: “Señor mío y Dios mío” (Jn.20,28).

* La Iglesia hace suyas estas palabras de Pedro: “Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que Tú eres el Santo de Dios” (Jn.6,68).

* De la mano de San Pablo acerquémonos a Jesús con profunda fe e intenso amor para decir: “Con Cristo estoy crucificado y, vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gál.2,19-20).

El mismo Jesús nos desveló su identidad a través de sus pretensiones -cristología implícita- y de sus manifestaciones explícitas sobre su identidad a través de los títulos que Él mismo se aplicó -cristología explícita-. Les invito a leer y meditar un libro que aborde el misterio de Jesús de Nazaret -una cristología- y a asistir a clases en las que el profesor explique el misterio de Jesús en comunión eclesial...

Preguntémonos nosotros ahora:

- ¿Confesamos que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios?
- ¿Confiamos plenamente en Jesucristo?
- ¿Vivimos con autenticidad la fe en Cristo en nuestra vida diaria?
- ¿Cuidamos nuestra fe en Jesús de Nazaret?
- ¿Formamos, fortalecemos y celebramos nuestra fe?
- ¿Testimoniamos nuestra fe con nuestra vida y nuestras obras?
- ¿Comunicamos nuestra fe a los demás?
- ¿Rezamos el Credo con verdad y autenticidad?
- ¿Estamos dispuestos a sufrir por la fe en Jesucristo?

2.- Miembros de la Iglesia

* Jesucristo es la piedra angular de la Iglesia

Recordemos las palabras de San Pedro: “la piedra que los constructores habéis despreciado y que se ha convertido en piedra angular” (Hech.4,11; cf. IPed, 2,4-7). La Iglesia encontrará su solidez y estabilidad en la medida en que los creyentes se apoyen y se fundamenten sobre Jesucristo, sobre su palabra y sobre su fuerza salvadora, sobre su vida de muerto-resucitado.

* El Señor hace a Pedro el fundamento de su Iglesia

Jesús le dijo a Simón: “Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (Mt.16,18). Pedro es constituido fundamento de la Iglesia. Jesús resucitado pregunta tres veces a Pedro si lo ama...Y Pedro le dice: “Señor, Tú lo sabes todo; Tú sabes que te amo”. Jesús le confía entonces el cuidado de sus ovejas: “apacienta mis ovejas” (Jn.21,15-19). La autoridad que Jesús confiere a Pedro es un servicio a los hermanos (cf. Jn.13: lavatorio de los

pies). Su servicio en la Iglesia se concreta en mantener la unidad de la fe y la comunión eclesial....

* Todos los bautizados somos piedras vivas de la Iglesia.

Hagamos un alto en el camino de nuestra vida para reflexionar sobre nuestra inserción y pertenencia afectiva y efectiva a la Iglesia y sobre nuestra participación consciente y responsable en la vida y misión de la Iglesia.

Recordemos esta enseñanza de San Pablo: “Ya no sois extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo la piedra angular Cristo mismo, en quien toda edificación bien trabada se eleva hasta formar un templo santo en el Señor, en quien también vosotros estáis siendo juntamente edificados, hasta ser morada de Dios en el Espíritu” (Ef.2,19-22).

El Concilio Vaticano II enseña que “los bautizados son consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo por la regeneración y por la unción del Espíritu Santo, para que por medio de todas las obras del hombre cristiano ofrezcan sacrificios y anuncien las maravillas de quien los llamó de las tinieblas a la luz admirable (cf. IPedr. 2,4-10). Por ello todos los discípulos de Cristo, perseverando en la oración y alabanza a Dios (cf. Hech.2,42-47), han de ofrecerse a sí mismos como hostia viva, santa y grata a Dios (cf. Rm.12,1); han de dar testimonio de Cristo en todo lugar, y, a quien se la pidiere, han de dar también razón de la esperanza que tienen en la vida eterna (cf. IPedr., 3,15)” (LG 10).

La renovación de la Iglesia no viene de la gloria ni del poder humano, sino de la transformación de los corazones y de la renovación de las estructuras eclesíásticas así como de la realización de las responsabilidades de cada uno en la vida y misión de la Iglesia como un servicio fraterno y siempre en comunión eclesial. La Iglesia es el Pueblo de Dios (LG 9ss), el Cuerpo de Cristo (LG 7) y el Templo del Espíritu Santo (LG 12).

3.- Ante nuestro Sínodo Diocesano

Pidamos al Espíritu Santo que nos ayude para que:

- Asumamos con gozo y esperanza el Sínodo diocesano,
- Participemos en su desarrollo con lo mejor que nos haya dado el Señor y siempre con ilusión y con verdad,
- Actuemos siempre en un clima de escucha y de diálogo, de sencillez y compartición, de oración y conversión.
- Oremos por el Sínodo diocesano

- Estemos siempre abiertos a lo que el Señor nos vaya sugiriendo, enseñando...
- Actuemos con el debido discernimiento en todo...
- Vivamos el Sínodo diocesano como acontecimiento de comunión, como ámbito de oración, como espacio de reflexión y todo ello al servicio de la misión evangelizadora.

“Es significativo, ante todo, que Jesús pida al Padre que nos consagre y proteja, pero no que nos aparte del mundo. Sabemos que él envía a sus discípulos para que sean fermento de santidad y verdad en el mundo: la sal de la tierra, la luz del mundo. En esto los mártires nos muestran el camino (...) En nuestros días, muchas veces vemos cómo el mundo cuestiona nuestra fe, y de múltiples maneras se nos pide entrar en componendas con la fe, diluir las exigencias radicales del Evangelio y acomodarnos al espíritu de nuestro tiempo. Sin embargo, los mártires nos invitan a poner a Cristo por encima de todo y a ver todo lo demás en relación con él y con su Reino eterno”. (Papa Francisco. Homilía. Corea. Misa de la beatificación de los mártires. 16-VIII-2014).

III.- PROSIGAMOS CELEBRANDO LA EUCARISTÍA

Prosigamos participando en la Eucaristía que construye la Iglesia. Acogemos la palabra de Dios. Recibimos el Cuerpo y la Sangre de Cristo que construye la unidad de la Iglesia.

La Eucaristía fortalece nuestra esperanza que tanto necesitamos:

“La esperanza que nos ofrece el Evangelio, es el antídoto contra el espíritu de desesperación que parece extenderse como un cáncer en una sociedad exteriormente rica, pero que a menudo experimenta amargura interior y vacío. Esta desesperación ha dejado secuelas en muchos de nuestros jóvenes. Que los jóvenes que nos acompañan estos días con su alegría y su confianza no se dejen nunca robar la esperanza.

Dirijámonos a María, Madre de Dios, e imploremos la gracia de gozar de la libertad de los hijos de Dios, de usar esta libertad con sabiduría para servir a nuestros hermanos y de vivir y actuar de modo que seamos signo de esperanza, esa esperanza que encontrará su cumplimiento en el reino eterno, allí donde reinar es servir” (Homilía. Santa Misa en la Solemnidad de la Asunción. World Cup, Daejeon. Corea del Sur. 15-VIII-2014).

Terminamos. Unidos en la oración
Cáceres, 18 de agosto de 2014.

Florentino Muñoz Muñoz